

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—*Madrid*: En la Administracion, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Payllé-Banquiere, Ouesta y Lizcano.—*Provincias*: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

glamentero, tan en boga en aquellos tiempos, fué en la suerte de la industria.

NARCISO MUÑOZ DE TEJADA.

El chisme político que más llama la atención en estos momentos es la actitud de los ministeriales en vista de los proyectos de imprenta y sociedades públicas, presentados al Senado.

Por de pronto, ayer se reunió en secciones esta Cámara para el nombramiento de las respectivas comisiones, y resultaron elegidos: para la comisión de imprenta, los señores Guillamas, marques de Corvera, conde de Almodovar, Chinchilla, conde de Vegamar, Infante y Sanchez Silva, todos ministeriales.

Para la de sociedades, los señores Carramolino, Sierra y Moya, Cárdenas, Luján, Sevilla, Estébanes Calderón y García Gallardo.

Sería curioso ver á los progresistas señores Infante, Luján y Sanchez Silva aprobar las medidas propuestas por el Gobierno, si ya en el bienio no los hubiésemos contemplado, mandando á racimos, editores de *El Padre Cobos* á las Peñas de San Pedro.

Esto pasa en el Senado, donde tienen trazas de pasar los proyectos como la seda; pero en el Congreso presenta la cosa algunas dificultades.

Cuáles sean estas, puede presumirse por la actitud de los periódicos de Union liberal.

La Patria es el único que se manifiesta dispuesto á aplaudir.

El Diario Español guarda hasta ahora un silencio sobremanera sospechoso.

La Política se expresa en estos curiosos términos:

«Brillaba vestido de uniforme el señor ministro de la Gobernación.

Esta última circunstancia, que indicaba la presentación de algún proyecto de ley, fué el motivo de nuestra agradable sorpresa, ya porque nada se había dicho con anterioridad en los círculos políticos, como acontece por lo común cuando de asuntos importantes se trata, ya porque nosotros, que hemos venido pidiendo uno y otro día al Gabinete política positiva, no podíamos menos de sentir un verdadero placer en el momento en que creíamos iban á recibir la confirmación oficial de nuestras aspiraciones.

¿Qué proyecto será el que contiene en su misterioso fondo esa cartera que el Sr. Posada Herrera tiene delante de sí? Preguntaba nuestra curiosidad.

¿Será la reforma municipal, que tanto anhela la opinión pública? ¿Será la ley de empleados, que con tanta urgencia reclama la moral administrativa? ¿Será la reforma de la ley de sociedades de crédito, que tanta falta hacen para precaver los riesgos que corren centenares de inocentes que depositan en manos extrañas, alucinados por falsas promesas, el producto de muchos años de sudores y de privaciones? ¿Será tal vez?...

Pero aquí llegaba el aguijón de nuestra duda, cuando el presidente de la Cámara concedió la palabra al señor ministro de la Gobernación, que, dirigiéndose con paso lento á la tribuna de la izquierda, substituyó los cálculos de nuestra mente, basados en las promesas del Gabinete, con hechos reales y positivos.

El señor ministro de la Gobernación sobrepujó nuestras esperanzas, si no en la calidad, al menos en la cantidad de los proyectos. Nosotros creíamos que era una nada más pero eran dos, y á cual más importantes, pudiese referir nada menos que á reformar algunos artículos de la ley vigente de imprenta y á las asociaciones públicas, y ámbos se originaban en los últimos acontecimientos.

¡Nada nos parece decir con qué profunda atención seguiríamos todos los oyentes la inesperada lectura de dichos proyectos; ellos podían ser la clave de la política futura del Gabinete, y como hace ya mucho tiempo que aprendimos aquello de *«in operibus credite et non verbis»*, los preámbulos se nos hicieron largos, á pesar de que no lo son mucho, por el afán que teníamos de conocer la parte dispositiva.

Esta llegó, por fin, y nos pareció notar en las oposiciones, particularmente en la moderada, algunos signos de aprobación, aunque no nos apercibimos si fueron secundados en toda la Cámara, á causa de estar ocupadas las delanteras de la tribuna por algunos de nuestros colegas, no sabemos si más diligentes ó más desocupados que nosotros.

Advertíase el tono ligero con que habla el diario ministerial de cosas tan graves, sobre todo para los defensores del Gobierno, que no aciertan á conciliar lo del *«criterio de la libertad»* de antaño con los proyectos de ogaño: nótese cómo indican la sorpresa que les ha causado, y la acusación embosada que dirigen al Gobierno por la atrevida reserva en que ha tenido su pensamiento: repárese cómo echa en cara el periódico unionista al Sr. Posada Herrera que tenía otros asuntos más graves y más importantes que someter á la deliberación de las Cortes, y por último, la inculpación que le lanza de haber dejado satisfechos á los moderados, cuando tan poco lo están los vicalvaristas.

El artículo de *El Reino*, es aun más significativo. Habla primero del general O'Donnell, con el entusiasmo que van á ver nuestros lectores:

«El haber perdido el menor hilo de la trama urdida por la revolución la hubiera hecho inevitable: la actividad del ilustre duque de Tetuan lo ha previsto todo: la menor tardanza en dictar determinaciones medidas hubiera facilitado la propagación del incendio; pero el general O'Donnell no ha tenido momento de reposo; la velado constantemente, y apenas ha dado algunas horas al reposo mientras España le hacía la justicia de descansar tranquila, teniendo confiada á su custodia y á su vigilancia sus hogares, su vida y sus intereses: la menor debilidad hubiera dado aliento á la insurrección, y el caudillo de nuestras glorias de África ha obrado siempre con la más sensata energía; la menor desconfianza de la fuerza del Gobierno podría haber animado á los comprometidos á secundar el movimiento del general Prim, y he aquí cómo el prestigio militar y político del digno jefe de nuestro partido ha causado la intimidación de esos grupos dispuestos siempre á la revolución: el duque de Tetuan

ha sabido mantener incólume la lealtad de la mayoría del ejército español, que con su noble conducta ha dirigido la más severa de las acusaciones á los que ciegamente se han precipitado á un movimiento que no estaba en armonía con los sentimientos ni con las necesidades del día.»

Estos elogios son la azucarada corteza de la siguiente píldora de rejaigar:

«Los pueblos no han respondido al grito con que se les ha llamado, porque no han visto hollada la libertad, y porque no han llegado á presumir que se pensara por este Gobierno en despojarle de ninguna parte de ella. No nos hagamos ilusiones, que de esto depende en gran parte la victoria que acaba de obtener la causa del orden: si en esto nos equivocáramos, estaría herido de muerte nuestro partido, nuestra política se confundiría con la del moderatismo, y tendríamos que cambiar nuestro nombre de *Union liberal* por el de *moderatismo ilustrado*.

No es preciso que seamos los que hemos sido hasta ahora: un paso atrás comprometería nuestro porvenir: es necesario saber aprovechar hábilmente estas circunstancias: la misión del Gobierno estriba en estos instantes en dirigir y proveer: cuando los pueblos disfrutan de la libertad de que son dignos y de que son capaces, cada ciudadano es un baluarte que se interpone entre la revolución y los intereses que la revolución pretende herir.

Seguir otra conducta sería comprometer la victoria alcanzada: nos aplaudiría el moderatismo, sí, pero nos aplaudiría porque sería el primer paso en el camino de su rehabilitación, y este es un peligro tan grande para la Union liberal como el de la misma revolución. Díse al orden social lo que de derecho le corresponde; pero no se niegue á la libertad constitucional lo que sea suyo: no se imiten en poco ni en mucho las tradiciones moderadas, porque en seguida vendrán ellas á aprovechar las consecuencias de toda doctrina sumamente reaccionaria.»

Todo este quiere decir en pocas palabras, que hay *disidencia* en el seno de la Union ministerial, y que la disidencia trata de salvar al general O'Donnell de las ruinas en que desea ver envueltos á los demás ministros, y sobre todo al Sr. Posada Herrera.

¿Qué resultará de aquí? ¿Quedará vencido el ministerio, ó la prensa ministerial?

Si el general O'Donnell se empeña, á pesar de todo lo que hemos visto, los proyectos serán aprobados en el Congreso, y hasta por los periódicos ministeriales, que ahora fruncen el ceño.

Esto último es lo más fácil.

No andábamos ayer muy desacertados cuando de propósito llamamos la atención de nuestros lectores hacia el párrafo del proyecto de contestación al discurso de la Corona que se refiere al reconocimiento del consabido reino.

Decíamos que no nos parecía muy ministerial, porque evidentemente parecía redactado con la intención de manifestar, respecto á la cuestión de Italia, un pensamiento no enteramente de acuerdo con el que significaban las palabras puestas en labios de la Reina por sus ministros: responsables, é hicimos algunas indicaciones sobre la historia de la redacción del tal párrafo. Sólo nos falta añadir hoy, para completar esta, que la redacción se debe á un alto personaje que la propuso á la comisión como medio de conciliar distintos pareceres.

Como quiera que sea, y conocido ó no por los ministeriales este pormenor de la historia del susodicho párrafo, es lo cierto que nos atrevimos á pronosticar que esto no gustaría á los señores.

Del fundamento que teníamos para hacer tal pronóstico responde elocuentemente el lenguaje de dos periódicos ministeriales que ayer tarde emitieron su juicio respecto al proyecto de contestación. La desaprobación y el disgusto se manifestaban en ellos con formas más ó menos suaves, pero de una manera que no deja lugar á duda.

He aquí cómo se expresa *El Eco del País*:

«Pues bien, la comisión de la Cámara popular al decir que el Congreso se congratula de que no se hayan enbuiado los sentimientos de V. M. respecto al Padre común de los fieles, ni menoscabado el firme propósito de mirar por el poder temporal de la Santa Sede, prejuzga una cuestión de inmensa gravedad, de incalculable trascendencia, la prejuzga en el momento menos oportuno, y además, inspirándose en un espíritu mucho más conservador que el del Senado, Cámara esencialmente conservadora, destruye en cierto modo el equilibrio que debe reinar entre ambos Cuerpos colegisladores.

Suponemos que el ánimo de la comisión no ha sido ni lo uno ni lo otro. No debe suponerse en ella espíritu alguno de oposición al Gabinete, ni de rivalidad con la Cámara vitalicia; según hemos dicho antes, atribuímos á un honrosísimo celo religioso el significativo párrafo que nos ocupa, y esperamos que admitirá las enmiendas que como dijimos ayer van á presentar algunos individuos de la mayoría, sin dar lugar á importunos debates de los cuales sólo podrían sacar algún provecho las oposiciones.»

La Política, órgano también ministerial, pero al cual se atribuye cierto grado de influencia que le coloca en primera línea entre los de su clase, se expresa en términos más explícitos aún que su colega:

«Consecuentes, ántes que todo, en nuestros juicios: francos en nuestras apreciaciones, severos hasta con nuestro mismo partido, á quien creemos servir tanto más lealmente, cuanto mayor sea la energía con que le hagamos observar sus errores, debemos confesar hoy que el mensaje del Congreso nos ha causado una impresión nada satisfactoria. A nuestro juicio, la comisión, compuesta de personas muy dignas y capaces de desempeñar tan delicado encargo, no ha tenido en la ocasión presente la fortuna de formular con gran acierto las aspiraciones y los sentimientos de la mayoría.

No podemos explicarnos qué ha pasado en el seno de la comisión, y cómo el liberal espíritu de que parecía animada al constituirse se ha ido apagando de debate en debate hasta llegar á imprimir á su trabajo

un carácter que no sabemos cómo calificar, temerosos de parecer demasiado severos al hacerlo.»

Continúa *La Política* haciendo un juicio comparativo de los dos proyectos de mensaje del Senado y del Congreso, dando al primero la preferencia, y por último, disintiendo de la opinión de *El Eco del País*, supone que quien cederá será la mayoría votando el mensaje:

«No dudamos, dice, que la mayoría aceptará el mensaje y le votará tal como ha sido redactado; pero no faltará quien vea en su votación, más que un acto político, un deseo de no crear dificultades ni embrazos de ningún género al Gabinete, á la raíz de las difíciles circunstancias que acabamos de atravesar.»

Dejamos al buen juicio de nuestros lectores las reflexiones que surgen de la union que ostentan las filas de la Union liberal.

Sólo diremos que un deseo de no crear dificultades ni embrazos hará, si el general O'Donnell se empeña, que se aplauda el mensaje y se aplaudan los proyectos de imprenta y de asociaciones.

Sic itur ad astra, esto es, á lo más sublime del presupuesto.

El Journal des Travaux Publics, periódico del vecino Imperio, acaba de publicar un artículo en su número de 11 del corriente, que no ha podido menos de llamar nuestra atención por su grave trascendencia. Bajo el epígrafe de *Valores industriales de España y Portugal*, el autor entra en serias consideraciones acerca del estado del mercado en lo relativo á los fondos extranjeros, y haciendo resaltar el fenómeno del alza que han obtenido en estos últimos tiempos, procura explicarlo con los acontecimientos ocurridos recientemente en la Península.

Allí se hace notar que mientras hoy la opinión pública permanece indiferente ante los sucesos que tienden á alterar el estado de cosas de nuestro país y el principio de autoridad, tan necesario para la protección de los cuantiosos intereses que los franceses tienen en España, en otros tiempos esa misma opinión vivamente agitada por la prensa, se inquietaba de veras con la marcha de semejantes acontecimientos. Según el artículo á que nos referimos, sólo los escritores económicos, industriales y financieros han podido producir con sus tenebrosos estragos los tristes sucesos que acaban de ocurrir en España:

«Digámoslo nosotros, exclama el autor del artículo, ya que por un acuerdo tácito los órganos habituales del mundo político no contaban la participación que ha cabido al elemento industrial y financiero en la actual agitación de España. Por él ha sido la crisis preparada, suscitada, asaltada. Los hechos no nos han sorprendido, los esperábamos y hasta anunciábamos su realización cuando, con toda la reserva posible, pusimos en guardia á nuestros lectores contra las intrigas urdidas en Lisboa y en Madrid. Hoy seremos más explícitos.

Pronto va á hacer tres años que, á pesar de los maravillosos informes presentados á las juntas de accionistas, los iniciados conocían la verdadera situación de las empresas industriales españolas y portuguesas. Cerca de dos hace que para encubrir la gestión inculcable de esas sociedades, se ha visto á sus consejeros de administración solicitar de los Gobiernos modificaciones en sus contratos. Ni el de Madrid ni el de Lisboa han escuchado esas reclamaciones sin fundamento.

Era demasiado fácil á los ministros conocer el verdadero estado de las cosas, las causas reales de la mala situación de las compañías, hábilmente disimuladas á los ojos de los accionistas, y poner enfrente de sus faltas y sus excesos el cuadro de los considerables sacrificios que se habían impuesto los Gobiernos para asegurar la construcción de las vías férreas.»

Creemos bastante graves las anteriores declaraciones, cuya responsabilidad dejamos al periódico francés, para añadir á ellas el menor comentario: hablan tan alto al Gobierno y al país, que no habrá nadie que no comprenda toda su trascendencia.

No terminaremos, sin embargo, sin reproducir los últimos párrafos del mencionado artículo, no menos elocuentes que los anteriores, que vienen á confirmarnos en la idea, que hace mucho tiempo tenemos formada de los medios de que la revolución se vale para obtener su triunfo, y de los elementos con que para ello cuenta:

«Respecto á la actitud del Rey de Portugal en esta calaverada, la opinión pública, después de haberse inquietado por la parte que se le atribuye en las combinaciones políticas del proyecto, se ha mostrado satisfacción al ver á ese joven Soberano, que por sus alianzas está tan estrechamente ligado á la política francesa, protestar muy alto de toda connivencia con los revolucionarios que habían pensado en cubrirse con su nombre para tener una bandera monárquica.

En cuanto á los mercenarios que se designan como comprometidos en esta intriga parece seguro que permanecerán tras de la cortina, según su prudente costumbre, y de esta suerte evitarán justificarse ante la opinión, que les acusa en alta voz de haberse mantenido con un pie en cada campo, á fin de quedar bien, cualquiera que fuese el que triunfara.

Aunque nuestros lectores pueden verlo en el extracto de la sesión del Senado, que publicamos en otro lugar, no queremos resistir al impulso de trasladar aparte, como por vía de nota, dos párrafos muy importantes del discurso del Sr. Posada Herrera, en contestación al del Sr. Corradi.

Había el señor ministro de la conducta del Gobierno en las calamitosas circunstancias por que atraviesa la capital de España con motivo del cólera, y refiriéndose á cierta asociación de cuyo espíritu y tendencias manifestó á su tiempo gran desconfianza. *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*, siendo el primero que la combatió, mereciendo por ello los más rudos ataques de la prensa

revolucionaria, se expresó en los siguientes términos:

«Y, señores, cuando tales son los hechos, hierve la sangre al ver que ha habido gentes que han querido explotar la triste situación del vecindario y que le han sacado dinero, TAL VEZ PARA EMPLEARLO EN CONSPIRACIONES, y mucho más al considerar que hay un señor senador que con vagas declamaciones defiende á esos hombres como buenos y caritativos. He dicho y sostengo que debía haber disuelto esas asociaciones; pero no lo hice porque no tenía ley para ello, viéndome en la necesidad de pasar por las murmuraciones y las críticas hasta de mis amigos.»

«Se publicará la *Memoria* de los enfermos y socorridos, de lo recaudado é invertido por la administración, y entonces nos podrá juzgar el Sr. Corradi; de aquí á allá le ruego diga á esos sus amigos y á los Amigos de los pobres que hagan lo mismo, á fin de que sepamos quiénes han contribuido y en qué se ha empleado el dinero.»

Leemos en *La Correspondencia*:

«*EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* publicó anoche la enmienda, no á un párrafo ni á varios del proyecto de contestación al discurso de la Corona presentado por la comisión del Congreso, sino al proyecto todo que ha redactado el Sr. Nocedal y suscrito con otros seis de sus correligionarios. Esta enmienda del neo-católicismo, redactada con la propiedad y galanura de lenguaje que sabe dar á sus escritos el Sr. Nocedal, es tan radical en sentido reaccionario como era de esperar de sus firmantes.»

¡Tan radical! Vamos; que si el Sr. Posada Herrera no llega hasta nosotros, ya se nos va acercando.

Sin embargo, nosotros no seríamos tan duros con la imprenta como el Gobierno: la previa recogida hace inútiles la mayor parte de las penas.

Ya ha llegado á Southampton la Mala del Pacífico; pero el Gobierno no había recibido aún ayer por la tarde el extracto telegráfico de noticias que desde dicho punto se le comunican.

Así parece que lo dijo alguno de los ministros en los salones de conferencias del Senado. *La Epoca* publica ayer entre las últimas noticias del Pacífico la siguiente:

«En el Perú todo parece declaración de guerra contra España, y se detienen sólo para ganar tiempo y prepararse. Todos los buques hábiles han dejado el Callao con rumbo á Lima. Han sido montados algunos cañones de grueso calibre en las fortificaciones del Callao, y se esperan otros.»

El Espíritu Público refiere haberse dicho ayer en algunos círculos de Madrid, que los dos monitores apostados en Inglaterra para el servicio de la República chilena, y que se habían hecho ya á la mar, han tenido que entrar de arribada forzosa en puertos ingleses, á causa de no poder con el peso de sus planchas y artillería.

La Reforma publica una carta de Londres en que se da cuenta del armamento de un buque de alto bordo destinado á hacer la guerra á España bajo la bandera peruana. Nuestro representante allí había pedido al Gobierno inglés que impidiese la salida de este buque, pero no habiendo tenido lugar la declaración de guerra entre España y el Perú, se creía difícil que lord Clarendon se decidiera á decretar esta detención.

Sin embargo, las últimas noticias del Pacífico manifiestan que hay verdadero rompimiento entre el Perú y la España.

FILIPINAS.

Se ha recibido el correo de aquellas apartadas regiones.

Por el Banco español filipino de Isabel II y según acuerdo de su junta de gobierno, se ha distribuido á los accionistas del mismo, el dividendo de 5 1/4 por 100 beneficio del semestre vencido en 31 de Octubre último.

Un horrible incendio ocurrido muy cerca de Antipolo, redujo á pavesas en pocas horas 30 casas, y gracias al ejemplo y á las exhortaciones del Cura párroco, los estragos no fueron mayores.

Se han recibido nuevos detalles acerca del último terremoto en la parte de Camarines del Sur. Las iglesias del partido de la Rinconada, principalmente, habían sufrido mucho.

En los días 28 y 30 de Noviembre se celebró con toda solemnidad y pompa la fiesta cívica titulada El Real pendón, que acostumbra celebrarse todos los años en Manila.

Son numerosas las calamidades que según una carta de Samar, han afligido desde Julio de 1864 á aquella provincia.

Se ha publicado la bula de la Santa Cruzada, con todo el aparato de otros años.

Se han celebrado con la mayor ostentación las honras fúnebres en sufragio del alma de la señora doña Mercedes Mendez de Vigo de Echagüe, en la iglesia de Padres Recoletos.

Y por último, se sabe que á la salida del correo no ocurría novedad en aquellos dominios.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Pedro Nolasco, fundador.

SANTOS DE MAÑANA. San Ignacio, Obispo, Santa Brígida, Virgen, y San Cecilio, Obispo.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Monjas de las Maravillas (calle de la Palma Alta), donde principia la novena que anualmente se celebra á María Santísima, su excelsa Titular: á las diez habrá Misa mayor con sermón que predicará D. Mariano Gaspar, y por la tarde en los ejercicios, que empezarán á las tres y media, dirá el sermón D. Luis Peraltá.

En San Isidro, San Ginés, San Pedro, San Andrés, Capilla de Palacio y en Santa Catalina de los Doctores, habrá Misa mayor para la renovación de Sagradas Formas.

Continúa la novena de la Virgen de la Providencia en San Antonio del Prado; predicará en la Misa mayor D. Mariano Gilaranz, y por la tarde en los ejercicios dirá el sermón D. Moisés Rodríguez.

Seguir celebrándose por la noche en Santa Cruz la novena de la Virgen de la Paz, predicando el Sr. Rodríguez, y en San Juan de Dios, en la novena de Nuestra Señora de la Candelaria, será orador D. Pio Hernandez Pralle. En San Ignacio predicará por la noche D. Cipriano Sevillano.

VISITA DE LA CORTÉ DE MARIA.—Nuestra Señora de la Almudena en Santa María, la de la Blanca en San Sebastián, ó la del Consuelo en San Luis.

Se reza de San Ignacio, Obispo, con tito doble y color blanco.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

Por la presidencia del Consejo de ministros han sido publicados los partes que el presidente de la facultad de medicina de la Real Cámara dió ayer á las once del día y á las once de la noche, manifestando en ámbos que S. M. la Reina y el Infante D. Francisco de Asís Leopoldo seguían bien en su importante salud.

Asimismo continúan sin novedad las demás personas de la Real familia.

También inserta la *Gaceta* dos Reales decretos, admitiendo por el uno la dimisión del cargo de gobernador civil de la provincia de Logroño á D. Gaspar Nuñez de Arce, y nombrando por el otro á D. Antonio de Quededo y Bonis para llenar la vacante que resulta en aquel destino.



LA SEÑORITA

DOÑA MATILDE PEÑA Y FAILDE

ha fallecido ayer martes 30 de Enero á las once de la noche.

Rogamos muy encarecidamente á todos nuestros lectores se sirvan encomendar á Dios el alma de la difunta.

El funeral de cuerpo presente se celebrará el 1.º de Febrero á las diez de la mañana en la parroquia de San Martín, é inmediatamente después se conducirá el cadáver á la Sacramental de San Isidro.

R. I. P.

ULTIMA HORA

SENADO.

El Sr. Corradi ha concluido su rectificación. En el momento en que salimos de la tribuna, queda usando de la palabra para alusiones personales el general Narvaez.

TELEGRAMAS.

(Servicio particular de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*.) RIO-JANEIRO, 8.

Las operaciones de las tropas del Paraguay y de las nuestras no han cambiado desde el último paquete. El cambio contra Londres está de 25 1/2 á 25 5/8, y contra París de 572 á 574.

LISBOA, 30.

Ha llegado hoy con 94 pasajeros á bordo el vapor *Onetida*.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR VICEPRESIDENTE LUZURIAGA.

Sesión celebrada el día 30 de Enero de 1866.

Se abrió á las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior fué aprobada.

El Senado oyó con sentimiento una comunicación de D. Juan García de la Hoz, participando, con fecha de hoy, el fallecimiento del señor senador D. Manuel García de la Coter, ocurrido en esta corte en la noche del día anterior.

ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Luzuriaga): El señor Corradi continúa en el uso de la palabra.

El Sr. CORRADE. Señores senadores: creo haber demostrado en el día de ayer que en la cuestión económica, el Gobierno de la Union liberal ha sido sumamente infeliz, porque lejos de mejorarse nuestro crédito, se ha empeorado en términos que los valores de los efectos públicos han tenido una pérdida considerable, de cuyas resultas han quedado arruinadas multitud de familias: que en la cuestión de sufragios ha producido un verdadero terremoto administrativo por el empeño de hacer vacantes para coquear á sus hechuras, aumentando el número de cesantes y agravando el presupuesto de las clases pasivas. Que en la cuestión de orden público, lo de que el orden estaba asegurado, había sido sólo una figura retórica, toda vez que han tocado á nuestras puertas los motines populares y una sedición militar que ha puesto en grave peligro la disciplina militar del ejército y el orden público. Que en la cuestión electoral las elecciones que se verificaron han parecido más bien como un nombramiento de los candidatos de la Union liberal para diputados á Cortes, porque no hubo una verdadera lucha política, oponiéndose ideas á ideas, banderas á banderas, principios á principios, como ocurre siempre cuando los partidos se disputan la honra de dirigir los destinos públicos. Que en la cuestión de imprenta, no obstante los terribles cargos que la Union liberal había dirigido al ministerio anterior por el sistema que seguía respecto á los periódicos que no le eran adictos, ha procedido de tal manera, que han sido arrastrados á la cárcel no sólo los editores, sino que hasta los autores de determinados artículos que han merecido la reprobación ministerial.

Y he aquí, señores, que estudiando á fondo los actos de la Union liberal, es forzoso reconocer que tiene dos políticas que se contradicen y se excluyen; una en la oposición, en que proclama el dogma de la soberanía nacional, y casi casi entona el himno de Riego, y otra en el Gobierno, en el que sufre una transformación completa, adoptando todas las medidas repressivas que combate en los Gobiernos que le preceden, tal vez exagerándolas, pues entonces cree que la imprenta se desborda y que la sociedad se halla comprometida por efecto de la oposición que se le hace, calificando de facciosos á ciertos partidos liberales, cuyo auxilio pidió en los días de adversidad, arrojando la toga del tribuno para empuñar la espada del dictador.

Paso ahora á ocuparme de la cuestión de salud pública, que no es insignificante, y en la que el Gobierno, con las mejores intenciones sin duda, ha

obrado con suma ligereza, aparentando una confianza injustificable cuando ya el cólera había victorioso en varios barrios de Madrid, permitiendo que se verificase la feria, que tras siempre mucha gente de los pueblos, cuya aglomeración no podía ser favorable, dejando que se abriese la Universidad, á cuyas cátedras concurrían jóvenes de todos puntos de la monarquía y cuyas puertas hubo que cerrar desgraciadamente el mismo día que se abrieron, haciendo de un modo vergonzante, como si se quisiera ocultar la existencia de la epidemia, no adoptando las medidas oportunas, sin que se comprenda por qué la autoridad, á ejemplo de lo que en 1855 hizo el Sr. Sagasta, no publicó una alocución ponia en conocimiento de la población la presencia del cólera, para que cada cual adoptase las disposiciones que creyese oportunas ó le dictase el deseo de su propia conservación, llevando á cabo todo aquello que parecía más oportuno; lejos de eso, lo que sucedió fué que los periódicos ministeriales, como si obedeciesen á una consigna, repetían que la salud era impecable, dando lugar á que muchas personas, alocadas con esto, vinieran á aglomerarse á la corte, aumentando de este modo los focos de infección y de muerte, y no tratando de establecer los hospitales de cólera ni las juntas de beneficencia á semejanza de las que se establecieron con el título de *Los amigos de los pobres*, y no teniendo en cuenta los resultados que podían ofrecer la gran aglomeración de individuos en las cárceles.

Y no se diga que después se establecieron las salas de cólera y las juntas de beneficencia; porque lo primero se hizo de un modo inconveniente, y lo segundo, no se verificó hasta el 12 de Octubre, época en que ya el cólera hacía dolorosos estragos. Y tengo entendido, señores, que la autoridad eclesiástica trató de dirigir rogativas al Todopoderoso, indicando que mientras durasen las paces, cesasen las funciones en los teatros, á lo que parece que el Gobierno se opuso, desconociendo que en los días de conflicto y tribulación, lejos de pensarse en las diversiones profanas, á donde se acude en los tiempos, porque allí es donde se fortalece el ánimo y donde se encuentra consuelo para la desgracia, y exponiéndose, aunque con la mejor intención, á entorpecer la fe, bismarckiano consolador que cicatriza las heridas del corazón y que transforma en arco de triunfo el lecho del martirio.

Y si con su conducta ha podido el Gobierno comprometer la salud pública, ha podido comprometer también el prestigio de una alta institución si no hubiera sido por el discernimiento y la lealtad del pueblo español. Sobre este punto no será explícito, porque no quiero traer aquí cierto género de cargos, y lo único que me permite decir es que los consejeros responsables deben en todas épocas servir de escudo é impedir que ciertos rumores trasciendan los justos límites penetrando á donde no deben jamás llegar.

Voy, señores, brevemente, á tocar la cuestión internacional; y en esta parte debo decir que es una desgracia que siempre que la unión liberal llega al mando, parece que enciende su tea el demonio de la discordia.

En la otra época en que gobernó la unión liberal, tuvimos la guerra de África, en la que si bien se recogieron laureles, fué completamente estéril. Luego se acometió la empresa de Méjico, de donde se volvieron nuestras tropas sin haber vengado la sangre derramada y perdiendo la influencia que debíamos tener en el mundo que descubrió Cristóbal Colon y conquistó Hernán Cortés. Después fuimos á Santo Domingo, donde sólo obtuvimos por resultado una lucha cruenta, derramando la sangre de nuestros soldados y consumiendo los caudales de nuestras arcas. Ahora que dirigió otra vez la unión liberal los destinos de la nación nos encontramos con la guerra de Chile, y sobre este punto voy á ser muy sobrio, porque basta que el honor de la bandera española se halle empeñado en una guerra, para que yo preste mi humilde é insignificante apoyo al Gobierno en esta parte, á fin de que España obtenga la debida reparación de los agravios que se nos han inferido.

En cuestiones de honra nacional, no puede ni debe haber diferencia alguna entre los hombres que sienten latir en su pecho un corazón español y generoso. La bandera nacional, bajo la cual nuestros antepasados reconquistaron palmo á palmo el suelo que nos habian arrebatado los árabes; la que se remó sobre los muros de Sevilla; la que Isabel la Católica plantó en las ruinas de Granada; la que Cristóbal Colon llevó al Nuevo-Mundo; la que salió triunfante en San Quintín, Pavia y en Lepanto; la que humilló la soberbia del capitán del siglo, está hoy en un puerto de la República chilena, por un acto de traición y alevosía, y es menester que vuelva á brillar pura y sin mancha como en los mejores días de nuestras glorias.

No quiero, señores, causar más al Senado, pues he dicho sustancialmente cuanto mi conciencia me aconseja, y estoy seguro de que mi discurso parecerá detestable á los amigos del Gobierno; si bien, en cambio, puede que los individuos de la oposición lo encuentren justo; pero yo respeto las censuras y no me engribo con los elogios á lo que estoy acostumbrado.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN (Posada Herrera): Señores senadores, comienzo por defraudar las esperanzas del Sr. Corradi en el aquecio con que terminó su discurso respecto al juicio que la oposición y los ministeriales formarían de su discurso, pues no solamente no parecerá á los ministeriales poco elocuente, sino que al ministro de la Gobernación le parece elocuente, correcto y adornado de todas las dotes que pueden distinguirse á cualquiera de nuestros primeros oradores; pero S. S. toma tan á la letra los preceptos de la elocuencia, que ha creído, sin duda, que debía observar aquella regla que dan los retóricos de que en los discursos parlamentarios deben abundar poco las pruebas, y por esto tal vez no ha hecho más que afirmar sin probar nada. De aquí la dificultad de contestarle. Si S. S. hubiera presentado hechos y aducido argumentos, podría yo examinar los primeros y contestar á los segundos; pero como no ha hecho otra cosa que presentar al Senado trozos de magnífica elocuencia, es muy difícil mi posición al contestarle. Procuraré, sin embargo, seguir, aunque de lejos, las altas consideraciones que el Sr. Corradi ha expuesto.

Contra son, á mi juicio, las partes que tiene su discurso. En la primera, se ocupó el Sr. Corradi de su persona; hizo en la segunda una especie de programa político; examinó en la tercera á la unión liberal como partido, y calificó y censuró en la cuarta los actos del ministerio.

De la primera parte, nada tengo que decir; el señor Corradi lo ha dicho sólo; está sólo, no representación, no habla en nombre de nadie. La misma frase usó en la sesión de ayer el señor marqués de Miraflores, y yo no le he extrañado de de uno ni de otro señor senador, porque esto es fácil que suceda, si bien me será permitido examinar en qué consiste que personas tan dignísimas proclamen ante el Senado y á la faz de la nación que se hallan completamente solos. Esto debe ser, ó porque no hay partidos políticos en España, ó porque S. S. los entienden tan malos que no quieren reunirse á ninguno. Y si no hay partidos políticos en España, ¿á qué tanta declaración para poder reclamar el poder en nombre del partido moderado y del progresista otros?

Algo de verdad hay y algo de egoísmo en esta manera de expresarse, diciendo que no se pertenece á ningún partido, pues todo hombre político pertenece á aquel partido á quien acompaña con sus votos y sirve en los cargos públicos, aunque el señor marqués de Miraflores no extraña que diga esto, pues tiene bastante autoridad para formularse si quisiera; respecto al Sr. Corradi, no puedo menos de reconocer que se encuentra en una situación singular. Pertenece al partido progresista, y le dice que conviene ser retráido de las urnas electorales, y el partido en masa camina derecho á las urnas. Llegó una ocasión en que le dice que debe ir á ellas, y el partido progresista entonces se abstuvo; de manera que ha sido tan infeliz S. S. como cuando ha dicho esa cosa, se ha hecho otra; y no es de extrañar que el Sr. Corradi abandone á unos amigos que guardan con él tan poca cortesía.

El Sr. Corradi dice, sin embargo, que defiende los principios del partido progresista; lo que ciertamente no se concibe no estando ese partido con S. S. á no reconocer que lo que hay aquí es un error lamentable en que se ha incurrido, y que produce una gran confusión en la política general, por haberse confundido los principios del partido liberal español con los de las diversas fracciones de él. Y así vea que el señor Corradi sostiene principios y doctrinas que yo proclamo también, y sin embargo, me hace la oposición.

Dice S. S. que es monárquico; también lo somos nosotros, y yo desearía que S. S. se expresara con toda claridad en este punto, para que de este modo nos entenderíamos mejor, pues ha dicho que hay quienes son antimonárquicos en la oposición, y diastéticos cuando son ministros. Y bueno sería saber á quién se refiere S. S., y como no supongo que no sea á nosotros, nada tengo que contestar.

Añala el Sr. Corradi que es monárquico, pero no cortésano, diciendo además que no había ido á ningún besamanos, como haciendo de este un motivo de censura para otros, cuando yo, señores, que no me tengo por cortésano, y de ello he dado bastantes pruebas, lejos de condenar, aplaudo á todos los que en las ocasiones en que el monarca se ofrece al respeto y consideración de sus súbditos, acuden á darle una prueba de adhesión y acatamiento.

Nos decía el Sr. Corradi que aceptaba la Constitución del 45, aunque no estaba conforme con sus principios, porque S. S. es de aquellos que desean cerrar el período constituyente, y precisamente estos principios los profesa el Gobierno actual, y me admira de haberlo oído de los labios de S. S. llamándose progresista, si bien comprendo perfectamente que acepten esa transacción los hombres que creen que la política no es otra cosa sino la aplicación de los principios prácticos á las circunstancias locales del pueblo ó de la nación que se ha de regir, y que conocen perfectamente que no se puede gobernar sólo con el sistema de la escuela histórica ó de la escuela racionalista, sino que es necesario la combinación de las dos escuelas para mantener la tranquilidad y procurar el desenvolvimiento de todas las fuerzas vivas de la sociedad.

Y esto es precisamente lo que entiende la unión liberal, y de ahí las antinomias que de cuando en cuando se crean en la conducta del Gobierno, pues todos los que pertenecen á los partidos medios tienen que partir del punto de vista eclesiástico.

Hay muchos que pretenden arrojarse el privilegio de tener ellos solos ciertas doctrinas, llegando su intolerancia hasta negar á otro cualquiera que no pertenezca á su partido el que participa de ellas, queriéndole privar que las ponga en práctica cuando la conveniencia lo aconseja, persuadiéndose que á ellos solos corresponde el hacerlo, sin considerar que eso es patrimonio de todo el género humano, porque lo contrario sería un absurdo. Al Gobierno es menester juzgarle por sus tendencias en general, y no tomar las cosas á la menuda, por decirlo así: sólo de este modo se puede juzgar con acierto, evitándole incurrir en error.

El antagonismo á la unión liberal nada tal vez de su fortuna, pues estas es la condición humana, sucediendo en esto lo que en la lotería, que el que cae el premio grande tiene por enemigos á todos aquellos que no lo han podido alcanzar.

Aquí, señores, ha llegado el caso de que los partidos moderado y progresista han cumplido su misión y han debido desaparecer, teniendo lugar lo que necesariamente había de suceder, y es que en esta clase de Gobierno no se puede regir constitucionalmente el Estado sin que un partido sea el órgano del Gobierno, y de aquí la constitución de la Unión liberal, no por la voluntad de esta ó de la otra persona, sino por el curso natural de los sucesos, porque era así preciso y siempre se verificó todo aquello que es necesario. Pero no pudo llevarse á cabo sino que aquellos que pertenecían á los antiguos partidos y tenían en ellos una representación legítima adquirida, se lamentasen de ello y viesen con sentimiento que la Unión liberal regia sin dificultad el Estado, lo que ciertamente no podían ellos hacer, y que concluyeran por decir que eso se debía á intrigas de la Unión liberal, y tratasen de recobrar sus antiguos puestos; procurado establecer entre moderados y progresistas los elementos necesarios para tornar en el poder, creyendo de buena fe que podían hacerlo así, sin pensar que el hombre no puede oponerse de ningún modo á las leyes providenciales que rigen los destinos de los pueblos.

Voy á entrar ahora en el exámen de la crítica que el Sr. Corradi ha hecho de la conducta del ministerio actual. S. S. usó ayer de un verbo que es exacto. Hemos sido, en efecto, desgraciados en este segundo período de gobierno de la Unión liberal; pero es necesario examinar un poco las causas, porque aun cuando yo admito que los Gobiernos son responsables de todo lo que durante su administración sucede, también es preciso reconocer que hay circunstancias tales, que los eximen de responsabilidad. Y bien es examinar cómo la Unión liberal recibió la administración en el año 1885, y cómo la dejó cuando salió del poder el año 86; y después de esto, ver cuál era la situación cuando en el 85 nos hemos vuelto á encargar de la dirección de los negocios del Estado, y sólo después de esta comparación es cuando puede juzgarse de la conducta del ministerio, y comprenderse, por ejemplo, la ninguna culpa que puede haber al ministro de Hacienda que se ha encargado de un departamento tan importante con un presupuesto desviado en cientos de millones, y con una deuda á favor de la Caja de depósitos de más de 1,400, no pudiendo hacer otra cosa que preparar los trabajos necesarios para presentar á los Cuerpos colegisladores las medidas que puede creer convenientes para remediar el mal, pues cualquiera otra que hubiera podido adoptar en el interregno parlamentario no hubiera sido más que transitoria, y por consiguiente no hubiera inspirado la confianza que tan necesaria era, especialmente en materias de crédito.

Entre las economías que el Sr. Corradi cree pueden hacerse, ha mencionado una de que voy á ocuparme aunque ligeramente, pues con las dotes estoy conforme, y es la relativa al ejército. Bastantes dificultades tenemos para que por medio de instituciones hechas, estoy seguro que de buena fe, se pueda almar en clases enteras que tienen derechos legítimos adquiridos. El Gobierno quiere todas las economías que sean compatibles con los intereses del país, y procurará hacerlas en el ejército y en la armada; pero estas no pasarán de ciertos límites, no entrando en reorganizaciones que no son necesarias, ni perjudicando derechos adquiridos, manteniendo la cifra del ejército poco más ó menos á la altura en que se encontraba en el primer período, me parece, en que dirigí la nave del Estado la Unión liberal.

Una de las cosas que al Sr. Corradi le han parecido mal, ha sido la formación del actual ministerio, y quisiera separarme de este punto, en lo cual estoy perfectamente de acuerdo con S. S., pues agradecería con toda mi alma el verme libre de ser ministro de la Gobernación, porque es uno de los cargos más pesados é insostenibles; pero el Sr. Corradi quería separarme de este ministerio, y aun de todos los que están por venir, porque en su concepto, queriendo yo la influencia moral en las elecciones, y siendo cada hombre para su objeto, sólo es bueno que se me llame cuando haya que hacer elecciones, como la influencia moral; y al expresarse así no tenía presente que no lograba su propósito, porque estas son las dadas elecciones que se han hecho si es que el Gobierno toma parte en ellas, y que no se viciaran á hacer otras de la misma manera y sin que en ellas se ejerza esa misma influencia.

Ha querido el Sr. Corradi sacar parte de un hecho, algo exagerado al menos, para el fin que se propuso, al hablar de las elecciones, en la menor concurrencia de electores, deduciendo de aquí que no había habido libertad en ellas, sin tener presente que ha podido suceder lo que en 1843 y 44, pues cuando hay poca lucha, naturalmente concurrirán más electores; pero S. S. no ha presentado más que la cifra de los que han concurrido en Madrid, sin mencionar los que han concurrido á votar en toda España, que han sido 221,989, que es más de la mayoría del

cuerpo electoral, no siendo culpa del Gobierno que sus adversarios hayan querido figurar que no tenían libertad para votar, cuando la verdad era que le faltaban electores que les diesen su sufragio. Y no digo más sobre este punto, porque es una cuestión más bien para tratarla en el otro Cuerpo colegislador.

Respecto á la cuestión de orden público, debo principiar por decir que he observado un fenómeno muy extraño y es que hombres que se acuerdan de la historia de Nínive y de Babilonia, olvidan completamente lo que ha pasado en su tiempo, y se habla y se discute como si nada hubiera sucedido aquí. Siempre hemos sostenido nosotros que el estado de sitio no es un sistema, y así es que hemos sido los primeros en gobernar el país sin él, pues la primera vez que desde el principio de la guerra civil se vió la monarquía española libre del estado de sitio, fué durante el ministerio presidido por el señor duque de Tetuan, desde el año 1838 en adelante; y hasta tal punto se llevó adelante este propósito, que cuando se varió la insurrección de San Carlos de la Rápita, se venció aquella rebelión sin apelar á esa medida.

Ocurrieron después los sucesos de Loja, donde un día se levantaron 8,000 hombres con una bandera que á todos los que tenían algo de propiedad debía causarles no susto, y para salvar ese acotamiento nos contentamos con los medios ordinarios, á pesar de la gravedad de aquellos hechos; lo que prueba que cuando ahora se ha hecho la declaración del estado de sitio donde se ha juzgado oportuno, se ha hecho por la profunda convicción de que no sólo el orden público, sino las instituciones todas estaban en peligro, y yo creo que el Sr. Corradi, en lo íntimo de su conciencia, no puede menos de reconocer que el Gobierno, aun cuando haya faltado en algo, está exento de toda responsabilidad.

También nos ha hablado S. S. de la suspensión de garantías constitucionales, confundiéndolas con el estado de sitio, á pesar de ser dos cosas enteramente distintas; así es, que al paso que para la suspensión de las garantías constitucionales se ha pedido autorización á las Cortes, jamás se ha ocurrido venir á pedir para la declaración del estado de sitio, y tan diferentes se han creído una y otra cosa, que en la época en que se creyó conveniente hacer uso de la autorización que se había pedido á las Cortes, se publicó esa suspensión por medio de un decreto, declarándose posteriormente á Madrid en estado de sitio, porque no se conceptuaba comprendido este en la suspensión de las garantías constitucionales, lo cual se concibe fácilmente, pues el estado de sitio es la concentración de la autoridad civil y militar en una sola, que es la militar, lo que no sucede en el otro caso.

Por lo que hace á los sucesos de Zaragoza, es preciso convenir en que se diferenciaron mucho de los que tuvieron lugar la noche de San Daniel, pues allí precedió la publicación del bando, y por consiguiente, no produjo los resultados que aquí, en que fueron heridas y muertas personas reconocidas como inocentes y amigos de aquel Gabinete; y no es esto una cosa insignificante, pues importa mucho la publicación ó no publicación del bando, porque es una fórmula exterior que debe cumplirse, y precisamente lo que distingue á los pueblos civilizados de los bárbaros es el guardar las fórmulas tan necesarias para la recta aplicación del derecho.

En opinión de señores, que cuanto más legalidad haya en un Gobierno, hay más fuerza; pudiendo decir que yo, que no me estreñecería si por imprudencia de una autoridad dependiente de mi departamento, se fracturara un brazo ó una pierna á una infeliz antes de declararse el estado de sitio, después de cumplidas las formalidades legales no tendría valor por ninguno que se expusiera á sufrir el castigo de su imprudencia.

Si, señores, los estados de sitio se hacen para proteger á los hombres honrados, y así es que me he admirado de ver que se intente imponer una grave responsabilidad al Gobierno porque tenga abiertas las Cortes en estas circunstancias, y mucho más cuando desde el año 34 al 44, la mayor parte de las veces que Madrid se hallaba en estado excepcional, era con el Parlamento abierto, sin que en tan el tiempo se levantara más protesta que la del señor conde de las Navas en el Congreso de 1838. Es verdad que luego han variado los tiempos, y que variado también la índole del partido moderado, comenzaron á cerrarse las Cortes el día que había declaración de estado de sitio; pero esto fué cuando los Gobiernos empezaron á reservarse el derecho de legislar de Real orden.

Entonces, y sólo entonces, llegó á notarse el fenómeno extraño de que, hallándose la nación en peligro, los individuos de los Cuerpos colegisladores se iban á sus casas, siendo así que es la ocasión en que más conviene á los Gobiernos tener dispuesto este palenque público para destruir habladurías y rumores que, tomando fugidas proporciones, llegan á convertirse en calamidades. Y á propósito de este recuerdo, ayer el Sr. Corradi dijo que la seguridad con que el señor duque de Tetuan se expresó en el programa del Gabinete al presentarse á las Cámaras, respecto del orden público, revelaba algo del misterio de la última crisis, y yo, señores, que en la vida privada soy caudillo, en estas cuestiones políticas suelo pecar de malicioso. Si S. S. tiene datos para probar que nosotros, directa ó indirectamente, hemos hecho alguna alianza, pacto ó convenio con los revolucionarios, ó tenido alguna conversación que pudiera animarlos, ó dádoles alguna esperanza, dígalo con franqueza, que pronto estoy á responder; pero si no hay nada de eso, cese en la propagación de tales aseveraciones, que son, cuando menos, inexactas. Como había de concertarse la Unión liberal con los progresistas y los demócratas para hacer una revolución? Esto es insostenible; pues claro es que nada hubiéramos ganado con una compañía mala en todos tiempos y peor cuando se trata de gobernar. Por desgracia los sucesos han venido á destruir semejante fábula, pues yo me hubiera alegrado por un momento de haber sido conspirador para tener en mi mano los hilos de la trama. Y prueba de que no los tenemos es que no los hemos creído.

Por preguntaba el Sr. Corradi por qué hemos vuelto al servicio á algunos oficiales separados por la administración anterior, y yo á mi vez deseo que su señoría me diga cuál era el personaje separado de las listas á quien nosotros hayamos reemplazado. Por mi parte he tomado informes, y resulta que uno de esos personajes estaba cobrando en Madrid su sueldo entero, y el Gobierno dispuso que volviera á su cuerpo. Y es cosa singular, señores, que se nos censuró por haber separado empleados del orden civil, casi todos advenedizos, suponiendo que se los ha inferido un agravio, mientras se considera corriente que hubiéramos declarado de reemplazo á docenas á los militares que acudieron poco á poco, y sólo por leves sospechas, por vía de apreciación: la verdad es que las conspiraciones y las sediciones militares se prevén pocas veces, y cuando se prevén, es ó que no han existido, ó al menos, que no lo reconocen así los adversarios del Gobierno. Pues qué, bastó la previsión del ministerio de 1848 para evitar la rebelión de 26 de Marzo? Bastaron las medidas extraordinarias que adoptó para impedir que á los dos meses un regimiento saliera del cuartel y se apoderara de la Plaza Mayor? Reconozco que lo ocurrido es una desgracia para nosotros; pero acepto la responsabilidad como la de todo cuanto sucede, incluso la del cólera, entendiéndose, sin embargo, que esa responsabilidad sea con las circunstancias de derecho. Y basta de orden público.

Cuestión de imprenta. Aquí es donde nuestros adversarios se proponen hacernos graves cargos, á los que, no obstante, me parece que he de poder contestar. Mi opinión respecto á la imprenta, ha sido siempre la misma; no quiero que la imprenta discuta lo que no se puede discutir, y que lo que es discutible lo discuta libremente. ¿Entonces? ¿Acaso alguna vez he contradicho con estas ideas? ¿Acaso alguna vez he podido discutir la persona del monarca, la institución que representa á la autoridad de los Cuerpos colegisladores? ¿Acaso que tiene nadie derecho para injuriar y calumniar por medio de la imprenta? Estoy seguro que el Sr. Corradi responderá negativamente, y lo

misimo que S. S. opina y quiere el Gobierno, si bien quiere que lo que en la oposición hemos dicho se cumpla, y que lo que debe ser garantido lo sea estrictamente.

Así es que en cuanto hemos entrado en el poder hemos excitado á los tribunales ordinarios para que cumplieran con su deber, persiguieran á esos periodistas procaces que hacen una especulación de la honra ajena y marchan lo más sagrado que hay en un país monárquico y constitucional.

Seguimos y seguiremos con la prensa el sistema represivo, y si después de todo no conseguimos que se contenga, si se cree que con otro sistema puede lograrse mejor el resultado que deseamos, que los que lo adopten vengan á este banco á sentarse en nuestro lugar.

En cuanto á lo que indicó el Sr. Corradi sobre que no conocía delitos de imprenta, como quiera que ya en otra ocasión he tratado este asunto detenidamente, y ha de venir otro debate en que sea más oportuno me limitaré á decir á S. S. que su doctrina es puramente ilusoria, que su teoría no es practicable; si se declaran los delitos de imprenta sujetos á las prescripciones comunes, entonces, ó la imprenta quedará completamente impune, si las definiciones del Código no están terminantes, ó la libertad de imprenta será del todo una mentira.

El último punto que el Sr. Corradi ha tocado es del cólera. Señores, esta es otra de las desgracias que nos han aquejado; yo hubiera querido tener á mi lado un consejero como S. S., á fin de que el cólera hubiera hecho menos víctimas en Madrid y las provincias; pero me faltó su útil cooperación, y tuve sólo la de otros consejeros de quienes S. S. se ha ocupado, y á quienes por cierto yo debía haber disuelto; hablo de las asociaciones de *Los Amigos de los pobres*. Se censura la imprenta del Gobierno actual en esa calamitosa época, y se compara con la del 1855, ignorando sin duda, que ahora había para la asistencia de los enfermos pobres en esta capital ciento veinte y tantos médicos y diez casas de Socorro, cuando entonces los primeros no llegaban á treinta, y ninguna existía de las segundas. Se censuran muchos casos sin conocerlos, y se declaman, como el Sr. Corradi lo ha hecho; pero la verdad es que ninguna de las disposiciones criticadas ha dejado de producir efectos admirables. Citaré alguna.

Se presentó el cólera, y contra el consejo de todo el mundo, iacuos los médicos, dispusimos que los presos de la cárcel fueran trasladados á Alcalá, y que se estableciera en la misma un hospital. Pues bien, todos los que salieron de esta corte han estado exentos de la epidemia, y habiendo muerto las dos terceras partes de los que se enviaron al Hospital general, sólo murió una tercera parte de los que quedaron en la cárcel, desapareciendo además la epidemia á los dos ó tres días.

Otro tanto sucedió en Alcalá por las medidas del digno gobernador civil de la provincia que, cumpliendo su misión de una manera verdaderamente patriótica, á pesar de la muerte de su señora madre y de haber él mismo sido atacado del mal, no cesó un sólo instante en sus generosos esfuerzos para aminorar las consecuencias de la calamidad pública. Y, señores, cuando tales son los hechos, ¿hiere la sangre al ver que ha habido gentes que han querido explotar la triste situación del vecindario y que le han sacado dinero, tal vez para emplearlo en conspiraciones, y mucho más al considerar que hay un señor senador que con vagas declamaciones defiende á esos hombres como buenos y caritativos. He dicho y sostengo que debía haber disuelto esas asociaciones; pero no lo hice porque no tenía ley para ello, viéndome en la necesidad de pasar por las murmuraciones y las críticas hasta de mis amigos.

La prueba de que las calumnias autoridades de Madrid tenían previsto el caso de que la enfermedad traidora conocida con el nombre del cólera se desaholviera aquí en un momento dado, es que habiendo el hecho en una noche atacado á la vez á más de mil personas, ni aun tuvieron necesidad de levantarse de la cama, pues desde allí mismo pudieron dar las órdenes suficientes para que todos los enfermos tuvieran en seguida la asistencia facultativa y cuantos recursos necesitaban; por lo demás, léjse de creer, como el señor Corradi, que el deber de los Gobiernos, en semejantes circunstancias, es publicar varias arengas que aumenten la alarma de la población, juzgo que lo que se necesita es calmar los ánimos, y así es que una de las primeras cosas que hice en cuanto se declaró el cólera, fué traer á mi familia á Madrid, para que todo el mundo conociera que no era tan grande como se suponía el peligro de la capital. Tal es la conducta que han de seguir los buenos patriotas en casos como el indicado, ayudando al Gobierno de una manera silenciosa, con una caridad que no sea gritería, que no ande gritando por las calles, á fin de que los medios de que dispone la autoridad sean completamente eficaces.

Por fortuna, el cólera ya ha pasado, y lo que debemos temer á Dios es que no vuelva otra vez, dejando ahora á cada cual si el Gobierno obró bien ó mal, y, sobre todo, de hacer argumentos que no tengan una base segura. Se publicará la *Memoria* de los enfermos y sanados, de lo recaudado é invertido por la administración, y entonces nos podrá juzgar el señor Corradi; de aquí á allá le ruego diga á esos amigos y á los *Amigos de los pobres* que hagan lo mismo, á fin de que sepan quienes han contribuido y en qué se ha empleado el dinero.

El Sr. Corradi terminó aplaudiendo el patriotismo del Senado en la cuestión de Chile. Dejando para cuando pueda ser discutido el exámen de este negocio, me limitaré á pedir que quede sentado el precedente de que nosotros no hemos suscitado el conflicto, sino que le hemos encontrado ya, no siendo posible retroceder; y pongo fin á mi discurso, creyendo haber dicho lo bastante para convencer á la Cámara de que en todas las cuestiones hemos hecho lo que era humanamente posible para mejorar la situación que heredáramos. He dicho.

El Sr. CORRADE: Siento no poder contestar estensamente á todos los sofismas del Sr. Posada Herrera; pero me ocuparé de los más principales, pues su señoría, que en muchas ocasiones ha sabido preñar lo negro blanco y lo blanco negro, hoy ha estado muy inteligente, entre otras cosas, me ha preguntado á qué partido pertenecía. Mi contestación es terminante; perteneció al partido de las ideas progresistas; porque, señores, los partidos no están muertos, sino descompuestos, no siendo la Unión liberal uno de los que están muertos el partido progresista se halla en circunstancias críticas y puede reorganizarse y reconstruirse como se reconstruyeron los partidos en otras naciones. Lo que la Unión liberal ha venido á hacer es á perturbar la situación constitucional, pues ciertamente que el Sr. Posada Herrera no podrá menos de confesar que es una calamidad para el país que no pueda haber alternativa de partidos en el mando, y que el día en que los señores que hoy ocupan el banco negro desaparecen de la escena política, porque no han de ser inmortales, no pueda sucederles un ministerio de verdaderas condiciones para hacer la felicidad pública, á causa de hallarse sin organización los partidos.

Por lo demás, mi separación de los progresistas no fué porque dejaron de aceptar mis consejos acerca del retraimiento; lo adoptaron, pero lo aplicaron con una estension y permanencia á mi juicio, inconveniente, pues el retraimiento, no siendo una medida de circunstancia temporal, es el suicidio de los partidos ó la revolución.

Pero dice el Sr. Posada Herrera que cuáles son mis principios, y yo aconsejo á S. S. que recorra mis discursos y escritos, y en ellos verá consignada una consecuencia sin vacilación alguna. Lo que yo hice en 1856 fué abandonar el puesto que ocupaba en vez de meditar como otro, trocando mi uniforme de ministro plenipotenciario por la blusa del obrero. Además, suplico á S. S. que los principios no pertenecen á los partidos, y que cualquier hombre, sea cual fuere su posición, puede aceptarlos y proclamarlos como suyos, su señoría se equivoca; y además añado que los principios del partido progresista son los que han traído la prosperidad sobre este país, abriendo las fuentes de la riqueza y la producción.

En seguida ha sostenido S. S. que el actual Gobierno profesa principios fijos. Lo ignoro completamente. En 1854 algunos de los individuos de este Gabinete estaban á mi lado en las Cortes constituyentes votando lo que yo votaba, aplaudiendo lo que yo aplaudía; en 1856 echaron abajo lo que habían ayudado á levantar; en 1858 y 59 la Unión liberal proclamó aquí ideas muy liberales, para luego hacer precisamente lo contrario de lo que anunciaba. ¿Pues qué dignidad es esa? ¿Qué principios son los de unos hombres que se acomodan á todas las circunstancias? En sus últimos cinco años de mando, la Unión liberal ha planteado completamente las ideas de la escuela ultramoderada, persiguiendo sobre todo á la prensa, pudiendo yo decir que las multas impuestas sólo á *El Clamor Público*, de que era propietario, no por ataques al Trono y al orden público, sino á los ministros, pasaron de un millón de reales. ¿Y qué diremos de otros actos eminentemente reaccionarios ejecutados en aquella época, como las quemaduras de libros y exhumaciones de cadáveres?

Señores, las sociedades humanas obedecen á dos principios que deben representarse por los partidos que luchan en el estado de la política, el principio impulsivo y el conservador; querer que una congregación política sirva alternativamente para adelantar, retroceder ó conservar, es establecer un monopolio, un caciquismo que no se conoce, ni en el orden religioso, ni en el moral, ni en el político; pretender que haya un partido siempre en el poder, siempre aferrado al mando, y otro desheredado, es introducir la anarquía, es incitar á la rebelión; porque los partidos no han de permanecer en la inacción, y si no pueden aspirar á aplicar sus doctrinas desde la esfera del poder, si no pueden moverse en la órbita legal, acudirán al campo revolucionario.

Señor presidente, estoy fatigado, y próximas á concluir las horas de reglamento, desearía continuar mañana.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Ruiz de la Vega): Entonces se suspende esta discusión.

Díase cuenta, y el Senado quedó enterado, de que las sesiones, en su reunión de este día, habían hecho los nombramientos siguientes:

Para la comisión sobre el proyecto de ley adicional á la de imprenta de 22 de Junio de 1884, á los señores D. Manuel de Guzmán, marqués de Corvera, conde de Almodóvar, D. Juan Chinchilla, conde de Vega-Mar, D. Pascual Infante y D. Manuel Sánchez Silva.

Y para la que ha de informar acerca del proyecto de ley de sociedades públicas, á los Sres. D. Juan Martín Carramolino, D. Manuel de Sierra y Moya, don Francisco de Cárdenas, D. Francisco de Lúzan, don Juan de Sevilla, D. Serafín Estébanez Calderón y don Manuel García Gallardo.

El señor VICEPRESIDENTE (Ruiz de la Vega): Orden del día para mañana: continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

Se levanta la sesión.

Eran las cinco y diez minutos.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RUIZ DE LA VEGA.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 30 de Enero de 1886.

Abierta á las dos, se leyó el acta de la sesión anterior y quedó aprobada.

El Sr. REINA: He pedido la palabra con el objeto de dirigir una pregunta al Gobierno de S. M.; pero como no se halla presente en este momento, rogaría á la mesa que se sirviera ponerla en su conocimiento. Mi objeto es que diga si halla inconveniente en decir algo al Congreso sobre los acontecimientos de Valladolid, que, según mis noticias, no tienen relación alguna con la sublevación felizmente terminada, ni con los últimos sucesos. Aquella ciudad, señores, se halla fuertemente comovida, y una de las causas que perturban el orden en aquella población es la de mortalidad. La población de Valladolid no desea más sino que se haya justicia y se castigue severamente á algunos criminales que han estado, no sólo á varios habitantes de la ciudad, sino á la mayoría de las provincias limítrofes.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento del Gobierno de S. M.

El Sr. LINARES: Me propongo dirigir una pregunta á ruego al Gobierno de S. M. y con el objeto de que la misma aparezca con la debida claridad, me comprometo en la necesidad de esplanar los fundamentos en que la misma se apoya. Indicación que procuraré llevar en breves frases, á fin de no traspasar los límites de una mera pregunta.

Recordarán los señores diputados que la provincia de Valencia experimentó en 1874 una extraordinaria calamidad, por efecto de la impetuosa inundación que en 4 de Noviembre del mismo sufrieron la ciudad de Alcala y las importantes poblaciones de Alginet, Carcagente, Albuñol, Sueca, Cullera y demás situadas en la estensa comarca denominada Ribera del Júcar.

Por efecto de tan lamentable desgracia, fueron incalculables los daños y perjuicios que en toda clase de intereses sufrieron dichas poblaciones.

Fijar la imaginación en los incidentes extraordinarios y circunstancias especiales que concurrieron para destruir más de 600 casas, más de 40 fábricas, más de 30 molinos con todos los canales de riego, incluso el que fué obra de inmortal Jaime I de Aragón á mediados del siglo XIII, y que transformaron en eriales ó cauces de río miles de hanegadas de tierra, sería llevar trauce al ánimo más esforzado.

La verdad es que dichas poblaciones y los particulares damnificados sufren y sufrirán por muchos años las consecuencias de tan lamentable desgracia.

La verdad es que por efecto de la misma quedó sumido en el mayor abatimiento el espíritu de sus habitantes, que fué víctima la legislación causada en la provincia de Valencia y en toda España, que fué una de las calamidades generales á fin de que se procurara auxilios extraordinarios en alivio de tan grave calamidad.

Abundando en tales sentimientos, las Cortes decretaron, y S. M. se sirvió sancionar, la ley de 30 de Junio del próximo pasado año 1865.

Se prescribe por la misma un donativo de cuatro millones en favor de los que por causa de dicha inundación hubiesen venido á pobreza, y un anticipo de ocho millones reintegrable, por ocho años, con aplicación de cuatro millones á indemnización de daños causados, y otros cuatro millones á la reparación de obras públicas.

Esto dispuso la ley.

Sin embargo de ello, el Gobierno de S. M., por efecto sin duda de las circunstancias angustiosas por que viene atravesando el país, y por efecto á la vez del estado de apuro en que se encuentra el Erario público, todo lo cual es perfectamente conocido, no le ha sido posible disponer lo suficiente para el cumplimiento de dicha prescripción legal.

No es por ello mi ánimo dirigir cargo alguno al Gobierno de S. M. Lo consolaría, y por mi parte lo declaro, de todo punto infundado.

No obstante, me será permitido llamar la atención del Gobierno hacia el estado actual de dichas poblaciones.

Si bien al presente, y sufrirán por muchos años, las consecuencias de dicha inundación; han experimentado en el último año (como vienen sufriendo más de doce años) la pérdida total de la importante cosecha de la seda; han sufrido en el último año la pérdida casi total de la cosecha de arroz (artículo principal de la riqueza de la provincia), pues su producción apenas ha sufragado para el sustento del gran coste de la preparación y cultivo de las tierras. Se encuentran hoy sin poder llevar los descubiertos por anticipos que realizaron á la sombra de la esperanza; que dicha ley les hizo concebir, y se encuentran, por fin, en necesidad de hacer esfuerzos extraordinarios, de procurar recursos y anticipos para preparar el presente año el cultivo de sus campos.

Así sucede, que no puedo ya volver á caer en el mayor abatimiento el espíritu de los habitantes de dichas poblaciones y de todos los particulares damnificados.

A este efecto, con la más respetuosa consideración, dirijo al Gobierno de S. M. la siguiente pregunta: ¿Cuándo podrán esperar las citadas poblaciones el cumplimiento del donativo y anticipo que prescribe la ley de 30 de Junio del próximo pasado año 1865?

Ruego al Gobierno de S. M. que, si bien admitir benevolencia esta pregunta, y en su contestación, que espere, dirija palabras de consuelo á los habitantes de dichas poblaciones, que las necesitan, en cumplimiento de todo lo que la ley que nosotros acatamos y el Gobierno de S. M. primero acata con nosotros.

Ruego al señor presidente se sirva disponer que, tomada nota de esta pregunta por la mesa, se traslade al Gobierno de S. M.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento del Gobierno de S. M. la pregunta que acaba de hacer el Sr. Linares.

El Sr. LINARES: Ya que estoy de pie me permitirá el señor presidente que, con el temor propio del que por primera vez tiene la honra de ocupar este elevado sitio, dirija, siempre con el debido respeto, una nueva pregunta al Gobierno de S. M. sobre un asunto de interés general referente á salud pública, cuya contestación espero con confianza me dé de ser todo lo satisfactoria que pueda desear el país.

Pregunto, pues, con la debida consideración, y ruego al Gobierno de S. M. que, si se sirva manifestar qué disposiciones ha tomado ó piensa tomar á fin de evitar que, caso de ser necesario, se propague este de p. blicación de capital en capital, y igualmente que disposiciones ha tomado ó piensa tomar para procurar, en cuanto sea posible, se evite la reproducción de tan espantable calamidad.

Ruego al Gobierno tenga á bien dirigir en su contestación palabras consoladoras y suficientes á tranquilizar á los hombres pensadores, que temblan ante la perspectiva del pánico por que há pocos meses pasó Valencia y toda España.

El Sr. PEREZ DE MOLINA: Varios periódicos de todos matices, excepto los de la Union liberal, han hablado de un desfalco en la administración de Loterías de la Habana. Ruego al Gobierno que envíe al Congreso el expediente relativo á este asunto.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá el ruego del señor diputado en noticia del Gobierno.

El Sr. NÚÑEZ DE ARCE: Me levanto para dirigir una pregunta al Gobierno sobre los sucesos á que ha hecho referencia el Sr. Reina, ocurridos en la ciudad de Valladolid. El motivo que tuvo lugar la noche del 27 careció verdaderamente de importancia; pero puede ser, sin embargo, la causa á que algunos le atribuyen un germen de disgustos. La cuestión de orden público en Valladolid se relaciona con una cuestión gravísima de moralidad. Valladolid, hace poco tiempo floreciente y rica, es hoy una de las provincias más desgraciadas de España, y esto se debe en mucha parte á ciertos hechos que se han verificado allí, y que yo no quiero calificar, porque están bajo la jurisdicción de los tribunales.

En vista de esto, desearía que el Gobierno de S. M. dijera cuáles son las verdaderas causas, y cuál el carácter que ha tenido aquel movimiento; y creo que no se resista á dar estas explicaciones, persuadido como estoy de que tiene un interés á andarse en que se administre allí pronta, recta y cumplida justicia, y on que no se dificulte la acción de los tribunales con presión alguna, ya venga esta de arriba, ya venga de abajo.

El Sr. LOPEZ GUIBARRO: Deseo hacer comprender al Sr. PEREZ DE MOLINA...

El Sr. PEREZ DE MOLINA: En otra ocasión podrá V. S. hacerlo. Ahora no hay discusión sobre este punto.

El Sr. DE PEDRO: He tenido el honor de concurrir á una reunión de diputados, para tratar el punto de las reformas y economías que deben introducirse en la administración del Estado, y siendo partidario de esta como el que más, creo que el punto más parlamentario para tratar este asunto hoy es la comisión de presupuestos, y deseando concurrir á ella, ruego al señor presidente que se anuncie los días que se reune, en el orden del día.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá en noticia de la comisión de presupuestos el deseo del Sr. De Pedro.

ORDEN DEL DIA.

Sin discusión quedaron admitidos y proclamados diputados los señores D. Ramon Estruch y Ferrer, D. Mariano Royo, D. Miguel Rodríguez Guerra, don Joaquín Garrido, D. Pedro Antonio Alarcon, don Agustín Leis, D. Antonio Sánchez Chicarro y D. José María Rodríguez Sánchez.

Juraron y tomaron asiento los señores Lonzana, Chicarro, Estruch, Leis y Ory.

Sorteo de distritos.

Verificado el sorteo:

A. D. Esteban Leon y Medina, elegido por Córdoba y Baeza, tocó representar el distrito de Baeza.

A. D. Miguel Zorrilla, nombrado por Soria, Zamora y Salamanca, tocó representar el distrito de Soria.

A. D. Ramon Goicoechea, elegido por Almunia y Alcalá, tocó representar el primero.

A. D. Antonio Romero Ortiz, elegido por Santiago y Alcoy, tocó representar á Santiago.

A. D. Saturnino Alvarez Bugallal, elegido por Ginz de Luna y Vigo, tocó representar á Ginz de Luna.

A. D. José Fernandez de la Hoz, elegido por Madrid y Almería, tocó representar á Madrid.

A. D. Juan Llas y Vidal, elegido por Barcelona y Gerona, tocó representar á Barcelona.

El Sr. PRESIDENTE: No hay más asuntos de que tratar: para la primera sesión se avisará á domicilio.

Se levanta la de hoy.

Eran las dos y media.

VARIEDADES.

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA, Ó LA RECONQUISTA DE MADRID.

CRÓNICA DEL SIGLO OCTAVO.

CAPITULO XVII.

Que trata de cosas tan extrañas y maravillosas, que el autor no ha querido recopilarlas en este epigrama para que no pierdan su interés.

Nos encontramos en el atochar. Son las once de la mañana, hora en que afanosos los habitantes de Rivas trabajan en la fábrica de la ermita que están alzando á la Virgen Theótoca. Allí se encuentra dirigiendo los trabajos el religioso Gracian Ramirez. Allí por vez primera aparece el joven Ruiz-Perez, que ya restablecido de sus heridas quiere también cooperar á la obra; allí por último se halla el bueno de Martín y el hercúleo Pericote, y para que ninguno falte de nuestros antiguos conocidos, mezclados entre los trabajadores admiraremos al pajeillo Jimeno y hasta aquel pechero Colás, á quien no hemos visto aparecer en nuestra historia desde el lance de la plaza, cuando al destilar la cabaigata recibió por equivocación el primer saludo que Pericote quiso hacer á Guzman, y que con usura pagó el pobrete en las siguientes noches.

Pero lo que acaso extrañarán nuestros lectores es que les digamos que también estaban allí la esposa de Gracian Ramirez y sus dos bellas hijas.

Así era en efecto. La tormenta que había descargado la noche antes había purificado el cielo que duran algunos días había estado encapotado, de manera que al amanecer del presente día el sol apareció brillante y esplendoroso, derramando torrentes de luz en un cielo transparente azulado y puro, como la sonrisa de un niño. La naturaleza convidaba á respirar los aires del campo; y Margarita y sus hijas habían querido salir de Rivas para visitar á la Virgen Theótoca á quien tanto amaba la inocente Clara.

Allí en un bello grupo formado por Gracian, Ruiz Perez, Margarita, Lucia y Clara, contemplaban admirados el encanto que presentaba aquella bulliciosa y alegre perspectiva que formaban el ir y venir de los trabajadores, el charlar y el reír de algunos, y el afán de todos en medio de aquel campo risueño, sin sospechar que hubiera en Rivas quien, abrigando en su alma pensamientos de venganza, les había preparado la noche antes el pérfido lazo en que cayesen.

Ruiz Perez, ¿qué os parece la alegría de esas buenas gentes? Mirad con cuánto afán trabajan todos para levantar la ermita.

—¡Oh! ¡Gracian, siento que no me haya sido posible venir ántes á tomar parte en los trabajos!

—Y vos, Margarita, ¿no gozáis también al contemplar este bello cuadro?

—Sí, sí, Gracian, ¡bendita sea la Virgen que tales sentimientos infunde en esos hombrs sencillos!

—Mirad, Ruiz-Perez, ¿quién es aquel hombre?

—Pericote, le respondió el joven.

—Es uno de los que con más afán trabajan: ¿no veis la piedra que está haciendo rodar él solo?

—Ese es un valiente, continuaba el joven: Clara, la noche que me acometieron en la plaza, debí mi salvación después de la Virgen á ese hombre.

—¿Sí?

Al hablar así Ruiz-Perez, ignoraba lo que por él había hecho Pericote la anterior noche.

—Clara, la decía Margarita por lo bajo, ¿estás contenta, hija mía?

—¿Que si estoy contenta? mirad la alegría que reboza en mi rostro. ¡No he de estarlo, cuando hemos contemplado hoy la faz de esa Virgen que es todo mi consuelo y esperanza!

—Sí, pero tu alegría debe tener además otra causa.

—¡Otra causa! ¡Oh sencillamente la jóven.

—Tienes á tu lado á Ruiz-Perez, ya restablecido de sus heridas....

—¡Es verdad! exclamó toda ruborizada, bajando los ojos.

—No tienes por qué ruborizarte; ¡el amor que Dios ha infundido en vuestros corazones no debe avergonzaros delante de los hombres.

—¡Oh! ¡lo quiero tanto!

—¡Qué el cielo bendiga ese amor y que el presentimiento que me acusa no sea más que un vano é infundado temor! continuó pensando interiormente Margarita, y dejando á los dos jóvenes en libertad de proseguir el diálogo que ella había interrumpido.

—Pericote, ahí aquí una manita, gritaba desde un grupo Colás, al ver pasar junto á sí á su amigo.

—Allá voy, hombre.

—Pues á ella.

—Espera, dijo otro del grupo, que aun no estamos preparados.

—¡Vaya, que sois endebles si los hay! ¡teneis más que dar un puntapié á ese leño y vereis á andar como si tuviera piernas!... ¡quitad allá, estorbos... pasad... y diciendo y haciendo descargó un puntapié, al tranco, que obedeciendo al golpe rodó una buena pieza en direccion al punto á donde querían conducirlo.

Una carcajada acompañó á la acción, aquella misma carcajada que tan funesta había sido al infeliz Guzman.

—¡Por mi vida! juraba Colás, que eres lo más bruto que se pasea por Rivas!

—¡No he visto fuerza semejante! exclamaba otro.

—¡Por las barbas de Judas, que te quisiera ver peleando con los moros!

—Déjate, hombre, ya vendrá ocasión; te aseguro que á la primer correría de nuestro amo Gracian, le voy á pedir un caballo y una maza... y ya... ¡ya veras cuantos moros voy á aplastar por esas tierras!

—Oye, Pericote... ¿y habrá un caballo que pueda contigo?

—Ya lo buscaremos, hombre. ¡Como que te parece á tí que yo daría mucho peso al caballo! Pues estás en un error... y la prueba al canto...

—¡Que lo puebel!

—¡Sí, sí, que hable!

—¡La prueba, venga esa prueba! gritaban todos rodeándole.

—¡El sin marearme mucho, porque soy delicado de cabeza y no gusto de escuchar ajeorros en rededor mio... asegúrame el gigante.

—¡Eal Pericote... le decía Colás, puedes empezar... ya te escuchamos.

—Pero vend acá, hombres de poco meollo, ¿no comprendéis que en el punto y hora en que yo monte á caballo se divide el peso entre el caballo y la silla, y por lo tanto cabe en mitad cada uno? ¡Cuidado si sois torpes!

Una carcajada simultánea y estrepitosa atronó el campo, al escuchar los curiosos la explicación de Pericote, que impavido continuó su interrumpido camino, murmurando entre dientes:

—¡Vaya una gente brutal!

En otro grupo trabajaban Martín y el pajeillo. Risueño y cándido este, habíase unido á aquel, porque ya lo consideraba como á un padre, pues creyendo que lo era de María y contando con la aprobación del escudero en sus tiernos amores, que no le había ocultado, se sentía atraído hacia él á causa de la bondad de su corazón y la sencillez que le era nativa.

—Oye, Jimeno, le decía Martín; mi amo también ha venido hoy á tomar parte en los trabajos.

—¡Hala! ¿estará ya restablecido según eso?

—¡Así es! también se encuentra allí Margarita y sus hijas.

—¿Sí?

—Han venido á hacer una visita á la Virgen.

—¡Oh! la son muy devotas.

—En eso no hacen más que imitar á Gracian.

—¿Y cuándo viene?... preguntó precipitadamente el paje, mas no acabó la frase, porque se hubo de arrear de su impetuoso arranque.

—Vamos... le respondió Martín comprendiéndolo todo. ¡María, eh! ¡por mi vida que la tñida ra aza no le va on zaga al pajeillo!

—¿Cómo! ¿no entendido?

—Que está ya toda enamoricada. ¡Quién había de decirlo al verla con aquel carita de páscua! las cosas claras, Jimeno; te quiero, te ama, según ha dicho ella misma en secreto á Alfonsa; ¡mira tu Alfonsa! ¡ella charla lo suyo y lo ajeno, y que revienta por decir lo que sabe! ¡me lo había de ocultar!

Ruborizada el pajeillo, porque su corazón era el

de un niño, callóse lleno de alegría, al oír en los labios de Martín la confesión del amor de María, no porque ántes no supiera de ella misma, que le amaba, sino porque su alma se regocijaba interiormente al oír hablar del amor de su María.

—¡Hijos míos, continuó el escudero, ¡buen ánimo!... Serás feliz con María pues aunque Alfonsa no es su madre ni yo su padre....

—¡Qué decís! exclamó asombrado Jimeno.

—¡Lo que oyes!... ¡pero cuidado con decirlo á nadie!

—¿Pero quién es su padre? continuó el joven, lleno su corazón de temores al iragunarse que se iban á desvanecer sus sueños de amor.

—¡Ni te importa saberlo!... porque probablemente nunca llegará ella á conocerlo... ¡ah! escucha, también te encargo el sigilo con María... ¿estás?

Como ven nuestros lectores, el aire frío del escudero resalta de una manera notable en el presente día. Acaso satisfecho de sí mismo por el paso que había dado la noche anterior, y creyendo ya seguro á su amo de los lazos de Garcés, se entregaba por completo á su buen humor, que se acrecentaba al notar la satisfacción de su amo y los amores de María y el paje.

Pero á este buen humor de Martín y á la alegría de Jimeno vino á turbar un grito desgarrador que resonó á pocos pasos. Volvieron los ojos hacia el grupo de donde había partido la voz, y vieron á Clara, pálida, temblorosa, llena de angustia, que señalaba con el dedo en direccion á Madrid. La vista de los que la rodeaban se dirigió hacia aquel sitio, y á aquel grito de la jóven sucedieron otros dos.

Aunb habían salido de los labios de Margarita y Lucia y el mismo espanto que se había pintado en la faz de Clara, se dibujó también en las de aquellas.

Gracian Ramirez y Ruiz-Perez, lanzaron igualmente otra exclamación, pero esta fué de indignación y de ira.

La animación y sonrisa que ántes presentaba aquel cuadro, se trocó en espanto. Un silencio fúnebre y aterrador reinó por completo, en el atochar, pero este silencio fué instantáneo, nada más que por un momento. A la admiración y al espanto sucedió la indignación.

Lucía y Clara fueron conducidas desmayadas al interior de la parte ya levantada de la ermita: acompañábalas Margarita, á quien el mismo amor de madre daba fuerzas para resistir á un golpe inesperado.

¿Qué habían visto, pues, primeramente Clara y después todos los que allí estaban reunidos para la obra de la ermita?

Van á saberlo nuestros lectores.

Allá á lo lejos, y aproximándose cada vez más, se veía un cuerpo de tropas agareuas; y en la algaraza y gritería que traían, cuyos ecos se escuchaban en el atochar, se conocía evidentemente que se acercaban en ademán hostil.

¿Qué iba á ser de aquel centenar de hombres, la mayor parte desarmados ante un cuerpo de ejército como el que se les venia encima?

Y no había la menor duda; Gracian Ramirez había reconocido aun desde lejos al frente de aquella gente al astuto Islem, gobernador de Madrid.

Así era en efecto. Apenas la noche pasada, se retiró Garcés de su presencia, empezó á alejar deseos de acabar cuanto antes con aquella colonia de cristianos que, según las palabras de su pérfido cómplice, habían llevado á lo estipulado.

Amalecío, y llamado á uno de sus servidores, dióle orden de desahogar el traje mozo y vestir el de cristiano, encargándole que diese la vuelta por Rivas para averiguar el estado de la defensa en que se encontraba.

El espía se fué acercando hacia el pueblo; pero ántes de llegar á él, notó una gran vocería y mucha gente reunida en los contornos de una especie de obra que según lo que sus ojos se figuraron debía ser alguna fortificación de donde se defendiesen los cristianos en caso de seralgún día atacados por los moros.

Esto bastó para que, volviendo á Madrid, y contando á Islem lo visto y lo que torpemente se imaginó, acabase de animar al gobernador á llevar á cabo su plan de venganza.

Y reunendo unos tres mil hombres, fuerzas que creía serian suficientes para humillar á los cristianos, tomó el camino de Rivas.

Triste era la realidad que se presentaba á los ojos de Gracian. ¿Qué podía conseguir cien hombres contra un ejército completo?

El presentimiento de Margarita iba á realizarse.

Sus nobles hijas iban á servir de juguete á la sensualidad de los enojos del nombre cristiano.

Gracian, pálido de espanto al pensar lo que iba á ser de su esposa y sus hijas, corrió á la ermita donde ya habían penetrado aquellas, y dijo á Margarita con acento terrible:

—¡Margarita, estamos perdidos! los moros nos cercan por todas partes, nuestras hijas van á caer en manos de esos infieles, y tras la deshonra vendrá la muerte!

—¡Gracian, ¡oh! ¡mi presentimiento se cumple! exclamó aquella abrazándose con sus hijas, que ya habían recobrado los sentidos.

—¿La deshonra? ¡no! ¡gritó Gracian poseído en aquellos instantes supremos de uno de los arranques tan comunes en él. ¡No! ¡mil veces no! ¡primero la muerte, si al cabo han de perecer!

—¿Qué decís! preguntó llena de asombro Margarita.

—¡La muerte! ¡sí; la muerte!... ¿lo oís, Margarita?

—¿No os entiendo?

—¡Recorrid las palabras que pronuncié en vuestros oídos el día que volvímos vencedores de nuestros enemigos?

(Se continuará.)

JOSÉ MARÍA LEON Y DOMÍNGUEZ.

MERCADO DE MADRID.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

10193 arrobas de trigo.

2027 arrobas de harina de idem.

97.0 arrobas de carbón.

110 vacas que componen 48315 libras de peso.

351 carneros que hacen 8216 libras de peso.

246 cerdos degollados que hacen libras de peso 46884.

PUNTOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo. de 39 á 44 Rs. 7c.

Cebada. de 22 á 25 id.

Algarroba. de 5 á 22 id.

PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.	Reales vellon.		Cuatro.	
	afroba.		libra.	
Carné de vaca.	49	á	53	26 á 36
Id. de carnero.	4	á	28	26 á 36
Id. de cordero.	4	á	28	26 á 36
Id. de ternera.	90	á	98	50 á 60
Despojos de cerdo.	4	á	28	26 á 36
Tocino añejo.	90	á	94	20 á 28
Id. fresco.	4	á	28	26 á 36
Id. en canal de.	62	á	66	4 á 6
Lomo.	4	á	28	26 á 36
Jamon.	124	á	134	54 á 60
Acetate.	66	á	69	18 á 20
Vino.	40	á	44	12 á 14
Pan de dos libras.	4	á	28	26 á 36
Garbanzos.	44	á	64	19 á 20
Judías.	26	á	34	11 á 13
Arroz.	30	á	38	11 á 12
Lentejas.	19	á	23	8 á 10
Carbon.	7	á	8	2 á 3
Jabon.	65	á	68	21 á 26
Patatas.	5	á	6	2 á 3

FONDOS PUBLICOS.

	CAMBIO AL CANTO HO.	
	Pagado.	No pagado.
Títulos del 3 p. p. consolidado.	37-20	"
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. p. id.	34-65	"
Títulos del 3 p. p. consolidado en el Gran Libro.	"	"
Material del Tesoro preterente con intereses.	"	"
Idem no preterente, con intereses.	"	"
Participes legos convertibles á 3 p. p.	"	"
Idem del 4 y 5 por 100.	"	"
Deuda amortizable de primera clase.	"	"
Idem amortizable de segunda.	"	"
Deuda del personal.	18-90	"
Boletines hipotecarios de Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de intereses anual.	88-30	"
ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 8 p. p. ANUAL		
Emission de 1.º de Abril de 1850, de 4 4000 rs.	83-00	"
Idem de 4 2000 rs.	84-00	"
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 4 2000 rs.	"	"
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs.	81-00	"
Idem de 9 de Marzo de 1853, precedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs.	"	"
Idem 1.º de Julio de 1856 de 4 2000 rs.	"	"
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1858.	80-00	"
Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 800 anual Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles.	70-35	"
Acciones del Banco de España.	120-00	"

ANUNCIOS.

DRAMAS ORIGINALES EN VERSO

POR EL PRESBITERO

Don José María Leon y Domínguez.

Estos dramas, escritos para una reunion de confianza, han obtenido una favorable acogida de cuantos han presenciado su ejecución, no sólo por el interés con que el argumento de cada uno se presenta, cautivando al alma desde las primeras escenas, sino muy especialmente por la cristiana moralidad que envuelven.

En ellos ha hecho brillar su autor el resplandor hermoso de la virtud, al paso que ha pintado con los más negros colores la fealdad del crimen; y esto, de una manera agradable, con la galanura de la versificación, excitando la risa en no pocas escenas con algunos tipos que de intento ha creado.

Estos es el carácter especial de estos dramas, ya sea que se proponga su autor animar á la práctica de las grandes y sublimes acciones, como lo hace